

# OPÚSCULOS VARIOS

DE

J. T. MEDINA

REUNIDOS

POR

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

CONSERVADOR

DE LA

"Biblioteca Americana J. T. Medina"

DE LA

Nacional de Santiago

Tomo III



Santiago de Chile  
IMPRESA UNIVERSITARIA  
Estado, 63  
1928



## Santiago y Valparaíso ahora un siglo

RELATO DE UN VIAJERO INGLÉS.

La idea de traducir al castellano las relaciones de los viajeros extranjeros que visitaron a nuestro país en los primeros años del siglo XIX ha resultado, como era de esperarlo, de no poca utilidad para el conocimiento de los sucesos que aquí se desarrollaron en aquel tiempo y que tan de cerca nos interesan para apreciar cuál era entonces el medio ambiente dominante al pasar de un régimen de gobierno mantenido durante siglos al que iba a iniciarse con el triunfo en las luchas por la independencia. Esos relatos vienen a suplir la notoria falta de las Memorias de que adolecemos los chilenos y en que abunda la historia de otras naciones, y ofrecen, además, la ventaja de contener las observaciones de los que no estaban sujetos a las influencias locales de todo orden. Huelga decir que cuando proceden de hombres ilustrados y que juzgan los sucesos que presenciaron sin prejuicios y estiman en sus quilates las diferencias inevitables de raza, de educación y de religión, entre el pueblo que visitan y el de que proceden son, todavía, mucho más de estimar. En este número creemos que debe contarse el relato que dedica a las cosas de Chile el viajero inglés Gilbert

Farquhar Mathison en su libro,—por cierto hoy bastante escaso,—intitulado *Narrative of a visit to Brazil, Chile, Perú, and the Sandwich Islands, during the years 1821 and 1822*, que vió la luz pública en Londres en el de 1825, y que, como se ve, corresponde por su fecha justamente a un siglo atrás. Una ojeada retrospectiva a aquellos tiempos en nuestra vida política y social no puede menos que revestir interés, tanto más, cuanto que la ilustración de que estaba dotado su autor y de que nos ofrece repetidas muestras en su obra, se ve acrecentada para estimar sus observaciones por el manifiesto interés y hasta honda simpatía con que expresó sus impresiones respecto a cuanto atañe a Chile.

El nombre del autor no reviste la importancia suficiente para que haya merecido mención en el gran diccionario moderno de la *National Biography*, de tal modo, que todo lo que podemos decir respecto a su persona es que era, probablemente, escocés, por las frecuentes alusiones que a esta parte del Reino Unido se hallan en su libro; que estuvo en Jamaica, también como viajero, en los años de 1808-1810, habiendo publicado a su regreso a Inglaterra, en el siguiente de 1811, una obra en que consignó lo que él llama las *Notices* de aquella isla, y en este orden literario, y sólo para circulación privada, como reza la jerga bibliográfica, el Diario de una excursión que hizo a Irlanda a fines de 1835 y que dió a la estampa, también en Londres, en el año inmediato siguiente (1).

Pero digamos algo acerca del viaje suyo que nos interesa. El autor silencia cuando tuviera lugar su partida de Inglaterra, comenzando su relato desde el momento en que, con intento de llegar hasta la China, se embarcó en Lisboa con dirección al Brasil el 27 de Mayo de 1821. De recalada

---

(1) Tomo estos datos de la utilísima obra de William Thomas Lowndes, *The Bibliographer's Manual of english literature*, t. III, p. 1515.

permaneció en la isla de Madeira cerca de un mes, el 9 de Junio llegaba a Río Janeiro, y después de una permanencia de tres meses y medio en esa ciudad, emprendía una excursión al interior del país, que duró tres semanas. Se embarcó poco después en la misma nave en que había tomado pasaje para Macao, el 14 de Diciembre, pero al cabo de diez días de una navegación muy accidentada, tuvo que regresar al puerto, incidente que le hizo cambiar su plan de viaje y obligóle a tomar la ruta del Cabo de Hornos y de la costa del Pacífico, dándose, por fin, a la vela, en un bergantín de 170 toneladas, el 6 de Enero de 1822. A Valparaíso arribó el 22 de Febrero y hubo de permanecer en Chile hasta el 17 de Marzo, de tal modo que su estancia entre nosotros no alcanzó siquiera a un mes, que gastó en su mayor parte en Santiago. Diez días duró su travesía hasta el Callao y 50 su permanencia en el Perú, en Lima especialmente, apenas es necesario decirlo. Llegó a una de las islas de Sandwich el 24 de Junio y partió de allí el 10 de Agosto, sin que nada nos diga el autor acerca de su arribo de regreso a Inglaterra.

¿A qué obedeció el viaje de Mathison? En ninguna parte lo declara, y aun más, puede asegurarse que en todo momento tuvo cuidado de silenciar los nombres de las personas con quienes trató. Por estas circunstancias pudiera, a primera vista pensarse que estuviera encargado de alguna misión reservada, como habría sido, por ejemplo, informar al Gobierno de su país del estado en que se hallaban en aquel entonces las colonias que habían sido de la España, cual en efecto lo hace en su libro para el lector en general; mas, no creemos que mediase tal circunstancia, pues para desecharla, en lo que a Chile y al Perú toca especialmente, baste considerar que su paso por ambos países fué obra de las circunstancias, que le obligaron a cambiar su primitivo itinerario directo a la China y le hicieron recorrer la costa

del Pacífico. En realidad, nos parece que Mathison, persona culta y de fortuna, sin duda, realizó el viaje por el puro placer de visitar países lejanos y para él desconocidos.

---

VIAJE POR EL CABO DE HORNOS Y RESIDENCIA EN CHILE.—ARRIBO A VALPARAISO.—ASPECTO DE LA CIUDAD.—PEONES.—PRIMERA VISTA DE LOS ANDES.—MINAS CHILENAS.—SANTIAGO.—TEATRO.—ESCUELA LANCASTERIANA.—DECRETO SOBRE EDUCACION PÚBLICA.—DECLAMACIÓN DE UN COLEGIAL.—OTRA VEZ SANTIAGO.—MAIPO.—SALTO DE AGUA.—OJEADA SOBRE LA SOCIEDAD Y LOS NEGOCIOS PÚBLICOS.—DAMAS CHILENAS.—NOTAS POLÍTICAS.—LA CONSTITUCIÓN DE CHILE.—LA PRENSA.—EXCURSIÓN A QUILLOTA.—MODO DE TRILLAR.—QUILLOTA.—CALAMIDADES DE LA REVOLUCION.—LAS SEÑORAS DE QUILLOTA.—PARTIDA.

---

Partí, por fin, de Río Janeiro el 6 de Enero de 1822 en el bergantín americano "Post Captain", de 170 toneladas. Una agradable travesía de doce días nos permitió llegar a las Islas Falkland; el 23 nos desviamos de la ruta ordinaria alrededor de la Tierra de los Estados para procurarnos una navegación más breve por el Estrecho de Lemaire,—intento que resultó vano—por causa de que la corriente nos embistió de manera tan fuerte, que, a pesar de que llevábamos a favor una brisa de cinco nudos, nos fué imposible avanzar, y al cabo hubimos de volver a tomar el curso acostumbrado. El mar en el Estrecho se hallaba violentamente alterado por la lucha entre el viento y la corriente, de tal modo, que no sin gran dificultad y pérdida de tiem-

po pudo nuestro barco escapar a su peligrosa situación en una costa llena de arrecifes por ambas orillas.

Las playas vecinas son montañosas y escarpadas, y descienden en declive hacia el mar, o se alzan en picos y rocosos precipicios, ofreciendo en conjunto un paisaje de espantosa desolación.

*Enero 27.*—En este día pasamos al sud del Cabo de Hornos, sin lograr divisar esta célebre punta de tierra. El tiempo, que hasta entonces se había mantenido notablemente hermoso, cambió ahora repentinamente, y una violenta racha del Oeste nos forzó a alejarnos hasta los 60 grados de latitud Sur. Durante la semana siguiente, el termómetro se mantuvo generalmente en nuestro camarote en los 40° y sobre cubierta descendió a veces hasta cero. En latitud 59° S. y 69° 34' 0. encontramos pequeñas islas de témpanos flotantes, cubiertas de nieve, que mostraban, heridas por el sol, un aspecto brillante.

*Febrero 22.*—Después de una breve navegación de 45 días desde Río de Janeiro, avistamos tierra esta mañana y echamos anclas en la bahía de Valparaíso como a las dos de la tarde. Tuvimos dos visitas de inspección antes de que se nos permitiera bajar a tierra: una de los empleados de la Aduana, y la otra del Capitán del puerto. Este último estaba vestido con un brillante uniforme azul, y por sus maneras nos dejó buena impresión de los oficiales patriotas chilenos. Examinó nuestros pasaportes, recomendándonos que nos presentásemos en persona al Gobernador lo más pronto posible. Con esto partimos de a bordo y hubimos de divertirnos grandemente con la novedad y baraúnda de la escena del desembarco. Todo el espacio comprendido entre la playa y la aduana estaba repleto con efectos y mercaderías de varias clases—madera, cajones, lingotes de hierro, barriles, fardos, etc.,—todo agrupado sin método o disposición alguna en plena calle. Alternando con ellos se veía

una cantidad de mulas, algunas cargadas, otras con sus aparejos vacíos, en tanto que sus arrieros, llamados *peones*, vestidos con los trajes característicos del país, animaban el sitio con sus bulliciosos gritos. Aquí y allá, cargadores acarreaban bultos para afuera; boteros de pie, listos para importunar con incesantes demandas, y como la mayoría del grupo estaba compuesta de soldados, contribuían éstos grandemente a animar la escena. Ingleses y norte-americanos parecían, sin embargo, formar la masa de la población de la ciudad, y era tal el número de marinos, agentes de comercio, marineros y hombres de negocios que por doquiera se veía, que, a no ser por el diminuto y mísero aspecto del lugar, un extranjero hubiera quizás imaginado que acababa de llegar a una posesión inglesa.

Avanzamos hasta la residencia del Gobernador, edificio pequeño y de pobre aspecto, encontrándonos con que su Excelencia se hallaba entonces durmiendo la siesta y no podía molestársele. Al regresar dos horas más tarde, su ayudante o secretario o algún empleado de esa índole, vestido con chaqueta suelta de lino, con su cigarro en la boca, nos recibió allí sin ceremonia y nos autorizó para seguir a Santiago.

Valparaíso es un puerto de mar desaseado, formado por pequeñas casas de barro, raras veces de más de un piso, y situado en la ladera de un cerro que baja en declive al mar. El paisaje de los alrededores es árido, o al menos cubierto de muy escasa vegetación, y ya sea que se mire cerca o lejos el paisaje del lugar carece siempre de atractivos. Cómo un nombre, que traducido literalmente, significa "Valle del Paraíso", pudo aplicársele, no es fácil de atinar, salvo que se suponga que el aproximarse a él lo hicieron desde el interior sus primeros pobladores, presentándoseles entonces la bahía y el océano, como es realmente el caso bajo este punto de vista, realmente hermosos. La población de Val-

paraíso, a lo más, no pasará de cinco mil almas, de las cuales la mayor parte, con la sola excepción de unos pocos empleados de gobierno, está formada por gentes de clase inferior y de las últimas del pueblo. Algunos comerciantes ingleses y norte-americanos respetables tienen sus casas de negocios aquí, pero residen generalmente en Santiago, la capital de Chile.

Habiendo entregado mis cartas de recomendación y hecho visita a algunos amigos, resolví seguir sin pérdida de tiempo a Santiago; y a las seis de la tarde partí de Valparaíso en compañía de mi amigo . . . , un caballero portugués. El modo corriente de viajar en este país es a caballo, a cuyo efecto hay empresarios que tienen caballos ensillados, y que proveen, a la vez, de un peón, que sirve juntamente de guía, guarda y sirviente durante el camino. Los caballos se mudan cada diez o quince millas y están hechos a galopar la distancia entera si se quiere, de tal modo que las jornadas, para quienes son capaces de resistir al cansancio, son de diez a doce millas por hora.

En vista de que se estima grande el peligro de ser robado, es de uso corriente el viajar bien armado; la compañía del peón es, con todo, la seguridad mayor; porque aunque la mayoría de la gente de esta clase, según se dice, la forman individuos acostumbrados al robo, y hasta asesinos, sin temor a Dios ni a los hombres, sin embargo poseen la virtud de ser fieles a quienes los ocupan y en semejantes ocasiones debe confiarse en ellos completamente. Sus hábitos feroces y su vida vagabunda se han incrementado mucho por el estado de perturbación del país durante la guerra de la revolución; y la deficiente administración de justicia, que aún se mantiene en descrédito del Gobierno, incrementa más bien que debilita la perpetración de los crímenes.

Se dice de estos peones que viven a caballo. Su vestimenta es casi la misma en todas las regiones hispano-americanas.

Sobre una chaqueta corriente y un par de pantalones, llevan una prenda manufacturada en el país, que en Chile llaman *poncho*. Está hecha de lana fuertemente tejida, y listada con variedad de colores. Mide, de ordinario, de seis a ocho pies en cuadro, con una pequeña abertura al medio que permite pasar la cabeza; cae suelta de los hombros cuando se la ponen, como una frazada, y sirve para proteger el cuerpo todo de la lluvia o del frío. Polainas negras de paño van abotonadas sobre los pantalones hasta la altura de la rodilla, y un enorme y tosco par de espuelas, con rodajas que hacen más ruido que aguijonan al caballo, van sujetas a los talones. Una silla, al modo español, enorme y terminada en punta, cubre el lomo entero de la cabalgadura, que provista con numerosos pellones, constituye así cierta especie de cama de viaje para el jinete donde quiera desmontarse para dormir. Amarrado a la silla está el lazo, utensilio cuyo uso es hoy en día lo bastante conocido para que sea necesario describirlo por menudo.

Es una simple tira de cuero, de treinta a cincuenta pies de largo, lo bastante fuerte para resistir la más violenta tirada sin cortarse; uno de sus extremos está unido a la montura y en el otro hay una lazada, y el lazo, así dispuesto, lo lleva el peón convenientemente enrollado en la mano para usarlo en el momento oportuno, siendo lanzado con tal destreza y precisión sobre el animal que se quiere sujetar, que es cogido con la lazada y es imposible que se escape. Los vaqueros hacen gran uso de él para enlazar el ganado, y el toro más robusto, cogido de ese modo, aunque vaya a todo correr, cae al suelo por la violencia de la tirada. Se asegura que de esta manera a veces el infeliz viajero es sacado de la silla por uno de estos peones, que lo aguardaba en alguna encrucijada del camino, y a quien ultima con su largo y afilado puñal, compañero inseparable de un sud-americano, como lo es el *stiletto* para un italiano.

Luego de salir de Valparaíso, los campos por que cruzábamos eran los más desolados y estériles que hasta ahora haya visto en la América del Sur: sin árboles, sin cultivo; sólo montecillos cubiertos a veces con matorrales y arbustos espinosos se extendían por espacio de treinta millas, en las cuales, con la sola excepción de un puesto para cambiar cabalgadura, no se hallaba la menor señal de habitación. Por fin llegamos a Casablanca, pequeña aldea con una posada decente, distante diez leguas del puerto, donde nos detuvimos para pasar la noche.

*Marzo 25.*—Al amanecer partimos nuevamente y llegamos en la tarde a Santiago, habiendo hecho este día una jornada de veinte leguas o sesenta millas. La distancia completa del puerto a la ciudad es de noventa millas. El camino en toda su extensión es bueno, y labrado con esmero y trabajo en dos cerros muy empinados, que hay en ese trayecto. Se terminó por don Ambrosio O'Higgins, gobernador que fué de Chile y padre del actual Director. Al llegar a la cumbre de la Cuesta de Prado, una vista magnífica y verdaderamente sublime se presenta de repente al viajero. A nuestros pies se extiende un amplio valle, rodeado de rocas abruptas y de cerros, en tanto que la Cordillera de los Andes, con sus picos nevados limita majestuosamente el horizonte y se empinan en ella cerros tras cerros en toda la grandiosidad con que la fama los ensalza.

La impresión producida por causas naturales sobre el ánimo del viajero que por primera vez contempla estas montañas estupendas, puede difícilmente ser transmitida por la pluma a la imaginación del lector; con todo, media cierta asociación de ideas políticas y morales relacionadas con ella, que le asignan un interés ajeno a cualquiera descripción, ya sea en el gabinete o en el lugar mismo; ¿y quién al recordar los Andes de la América del Sur, no piensa también en los escondidos tesoros que encierran y en la influencia

que éstos han ejercido en la suerte de las regiones contiguas?

Desde el primer descubrimiento de Chile por Almagro, el compañero de Pizarro, en el año de 1537, y su colonización por Valdivia en 1541, hasta nuestros días, las minas de las montañas chilenas resultan siempre históricamente ligadas a los acontecimientos que allí han tenido lugar. Por ir en su busca, Chile fué descubierto por los españoles; por ellas, los aborígenes fueron casi totalmente exterminados o arrojados violentamente del territorio que ocupaban; por ellas, un pueblo de otra raza allí se radicó, y el país llegó a formar parte de los dominios de un lejano potentado europeo; por ellas, finalmente, surgió la guerra de la independencia y el consiguiente nacimiento de un pueblo soberano. Libertad y patriotismo han sido, en verdad, la enseña de un partido, y de otro, la lealtad y la religión, pero no se necesita gran penetración para llegar a descubrir que la posesión de las riquezas del país fué el objeto principal de ambos.

Sin embargo, cuando el viajero inglés compara las ricas montañas de Sud-América con los estériles cerros de Gran Bretaña, por más que, a primera vista, aquéllas parezcan imponerse a la avidez del hombre, los daños que la historia demuestra haber causado a sus diversos poseedores, inducen a lástimas y a un doloroso interés, antes que a envidia.

Entonces, cualquiera reminiscencia a su propio país natal llega a ser doblemente satisfactoria, e involuntariamente uno exclama, valiéndose de los términos del Bardo del Norte:

Si con el oro y las piedras preciosas refulgen las montañas de Chile;  
Si los cerros de Escocia se levantan fríos y desolados:  
Sus pestes y veneno, su lascivia y rapiña crecen:  
Aquí, apacibles son los valles y limpio el cielo,  
Y la libertad abriga el alma y fulgura en los ojos.

La ciudad de Santiago de Chile está situada en una ex-

tensa y fértil llanura, a considerable altura sobre el nivel del mar y al pie de la Cordillera de los Andes, de tal modo que la vista a lo largo de muchas de sus calles principales se detiene en las cumbres nevadas de sus montañas. Las calles están todas delineadas en ángulos rectos, como en otras ciudades españolas de América, con buen pavimento, y con acequias que corren por el medio de ellas. Las casas son, casi siempre, de un piso, como más a propósito para resistir a los temblores que otras de mayor altura. Están hechas de tierra, o mejor, dicho, de un barro sin cocer, y blanqueadas al estilo español con diferentes colores. Las que pertenecen a las clases acomodadas tienen un espacioso patio, precedido de un ancho portal, con unos cuantos peldaños que conducen a la puerta de entrada.

En la plaza principal, pues hay varias, se hallan la Casa de Gobierno y la catedral. Aquél es un edificio vasto y relativamente hermoso, y ocupa un costado entero de la plaza. Aquí reside su Excelencia el Director de la República, don Bernardo O'Higgins, con otros miembros del Gobierno, y aquí también se hallan las oficinas públicas. En el frente, en las murallas, la voz «Libertad» se ve en grandes caracteres, con blasones, y un letrero que recuerda que el edificio fué terminado después de la declaración de la independencia de Chile, en 1818. Otra parte se destina para cárcel, con una leyenda apropiada, colocada a la entrada, que reza: «Abo-reced el crimen, pero ten piedad del criminal».

La Catedral ocupa otro costado de la plaza, pero como se halla inconclusa, sin torre o campanario, no resulta muy ornamental. Los dos lados restantes ofrecen un mísero y apocado aspecto, estando ocupados por pequeñas tiendas con pórticos al frente, donde se exponen para la venta espuelas, sillas de montar, frenos, ponchos, sombreros, y toda clase de alhajas y quincallas. Inmediatamente a los pies de la Casa de Gobierno se alzan las torres de un gran templo pertene-

ciente a una de las órdenes religiosas, que abundan en Santiago, y que contribuye por mucho al embellecimiento de la ciudad.

Los conventos, sin embargo, han sufrido con la Revolución, a pesar del acendrado respeto del pueblo por la religión y de la influencia que el clero ejerce aún sobre sus ánimos. Los frailes han sido desposeídos bajo varios conceptos, algunos conventos reunidos en uno y los claustros destinados al servicio del Estado y usados como almacenes, depósitos, etc.

El antiguo Colegio de los Jesuítas lo ocupa al presente la Aduana, y habiendo sido últimamente refaccionado, presenta buen aspecto. Aquí los arrieros que llegan del puerto o del interior del país son obligados a dejar sus cargas y a someterse al registro.

La Casa de Ejercicios, ubicada en otra parte de la ciudad, ha sido últimamente destinada a hospital. Era, como lo indica su nombre, casa de corrección, a la cual se recogía la gente devota de ambos sexos voluntariamente durante la cuaresma, por cierto número de días, para hacer penitencia y purgar con castigos corporales los pecados del año que acaba de pasar.

El teatro, edificio pequeño y bajo, situado cerca de la Aduana, es de lo peor que pueda imaginarse, y las representaciones tan absurdas, que no podrían tolerarse en cualquier pequeña ciudad inglesa de provincia. Como era época de cuaresma cuando estuve allí, sólo se permitía la representación de piezas religiosas, pudiendo observar que una de éstas que vi estaba basada en la historia de David y Absalón, tan disparatada, que habría podido representarse con mucha más propiedad delante del Monje del Desorden y el Abad de la Locura, durante los días de las disolutas saturnales, autorizadas en algunos sitios por el clero católico romano. Se hallaba entre los espectadores, en su palco,

rodeado de su parentela femenina, el Director O'Higgins, si bien la concurrencia no parecía fijarse en él.

En otro barrio de la ciudad visité la Imprenta, porque sólo una existe en Santiago. Bajo el mismo techo funciona una escuela de aprendizaje mutuo, según el sistema de Lancaster, patrocinada por la Sociedad que existe en Londres. Algún tiempo atrás comisionaron a Mr. Thomson, con sus correspondientes auxiliares, para que fundase escuelas en todo el Continente Sud-americano comenzando por Buenos Aires, para seguir con Chile y el Perú, habiendo tenido éxito sus esfuerzos en Buenos Aires y en Chile, merced a la protección de sus respectivos Gobiernos. Hoy en día asisten a la escuela en Santiago diariamente más de 300 alumnos. Están en vías de abrirse dos escuelas adicionales, bajo el mismo plan general, una para niños y otra para niñas, combinando, sin embargo, con el método lancasteriano de educación la enseñanza de la religión católica.

También se hacen preparativos para el establecimiento de este sistema de enseñanza en otras partes del país, de tal modo que la difusión gradual de la instrucción primaria puede desde ahora considerarse asegurada. Con todo, debe reconocerse que se necesitará un largo transcurso de tiempo para que el pueblo de Chile consiga a este respecto un sensible adelanto, o por lo ménos, que sea manifiesto a las naciones extranjeras.

El estilo en que están redactados los documentos que siguen y el que hayan sido insertados en la gaceta oficial por orden de los legisladores de la nación, es una buena muestra de los propósitos que a este respecto animan al Gobierno, y del adelanto alcanzado por un joven estudiante, sino en ciencias propiamente, al menos en los sentimientos patrióticos, porque si en verdad es obra de un muchacho de trece años el artículo que sigue, no deja de ser una composición aceptable.

«Ministerio de Gobierno.—Decreto.—Santiago, Enero 17 de 1822.—Siendo el medio probado y seguro de fijar la felicidad en los pueblos el hacerlos ilustrados y laboriosos, y habiendo llegado el término de los obstáculos que sofocaban en Chile la aptitud de sus naturales para entrar al goce de los bienes que con menos proporciones logran las naciones que lo precedieron en la libertad de cultivar las letras y las artes; es necesario hacer los últimos esfuerzos para recuperar el tiempo del ocio en tinieblas, empezando por franquear a todos, sin excepción de calidad, fortuna, sexo o edad, la entrada a las luces. El sistema de Lancaster o enseñanza mutua, establecido en la mayor parte del mundo civilizado, a que deben muchas provincias la mejoría de las costumbres, ha empezado entre nosotros con aquella aceptación que predice sus benéficos efectos y exige su propagación como el arbitrio seguro de extirpar radicalmente los principios de nuestra decadencia. El Gobierno se propone protegerlo con predilección y cree realizar sus deseos asociándose algunas personas que junten a iguales sentimientos la actividad, celo y contracción que demanda su importancia. En todas partes prospera y se dilata por sociedades, circunstancia que basta para seguir el ejemplo, y que me decide a establecerlo. Me constituyo Protector y primer individuo de ella. Mi primer Ministro de Estado y del Departamento de Gobierno será su Presidente, y socios natos el Procurador General de ciudad, el Protector de Escuelas que ella nombre y el Rector del Instituto Nacional. Los demás miembros serán elegidos en adelante por la misma Sociedad. Por la primera vez nombro al brigadier don Joaquín Prieto, al vicario general del Ejército doctor don Casimiro Albano, al capellán del Estado Mayor General ciudadano Camilo Henríquez, al prebendado doctor don José María Argandoña, al reverendo padre ex-provincial de San Francisco fray Francisco Javier Guzmán, al regidor don Francisco Ruiz Tagle, al doc-

tor don Mariano Egaña, a don Juan Parish Roberston, a don Felipe del Solar, a don Diego Tomson, a don Manuel Salas, a don Domingo Eyzaguirre, a don Joaquín Campino y a don Francisco Huidobro. Se tendrán las sesiones en el gabinete de la Escuela Central los días que acuerden en la primera, sin más ceremonia ni precedencia que la que dicta la urbanidad. Formarán su reglamento y me lo presentarán para su aprobación. Nombrarán, entre sí o de fuera, secretario, contador y tesorero. Su institución es dilatar hacia todos los puntos de Chile la enseñanza en todas sus clases, especialmente en la más numerosa, indigente y útil; adquirir los adelantamientos que se hagan en el método, y abrir recursos con que adaptarlos a nuestras necesidades y situaciones. En suma, erigirse y considerarse los instrumentos de un bien tan recomendable por su magnitud y eficacia, como por la inmensa extensión de que es susceptible.—O'HIGGINS.—*Torres*, pro-secretario.» (1).

*Instituto Nacional.*—Discurso del alumno don José Antonio Argomedo, de edad de 13 años, en su examen de Derecho Natural.

Señores: ¿A quién con más justicia debe dedicarse este rudo fruto de mis tareas literarias, sino al Tribunal encargado de la educación pública? El tiene sobre nosotros el mismo derecho que los Arcontas, en Atenas, para exigirnos la prueba de haber correspondido a sus nobles desvelos, y como los magistrados encargados en Esparta de imprimir en la edad tierna la pureza de las costumbres. Sí: vosotros, verdaderos padres de la juventud, habéis conocido, con todos los sabios que meditaron en el arte de gobernar a los hombres,

---

(1) *Gazeta Ministerial de Chile*, del Sábado 19 de Enero de 1822, que el autor tradujo al inglés, y que nosotros reproducimos de su texto original. Igual observación nos cumple hacer respecto del discurso que va a continuación.

que la suerte de los Estados pende de la instrucción virtuosa y científica de los primeros años. La gloriosa época del valiente O'Higgins no es más señalada para las victorias con que ha dado seguridad a la independencia de nuestra patria, que por el triunfo de las luces que la tiranía obscura había encerrado en los planes opresivos, que servían de losa al sepulcro de la Libertad. En medio del estruendo de las armas, la sabiduría levantó sus fuertes para ser coronada por la mano de los jóvenes educados a la sombra del árbol sagrado de Minerva, que vosotros regáis. ¡Oh! respetables educandos! Si puedo lisonjearme de que en ese honorable Tribunal ocupe un asiento mi venerado padre; yo reconoceré una obligación, duplicada por la naturaleza y la razón, para el autor de mis días, y los autores, mis progresos científicos tales cuales sean. Recibid, pues, este pequeño tributo de mi gratitud y preparaos a gustar el de la posteridad entera, que os bendecirá como los fundadores del precioso plantel de las mejores instituciones de Chile. Y si ahora nos felicitamos de vuestro mérito distinguido, en los Anales del Liceo se irá inscribiendo la lista de los hijos de vuestros afanes.—*Corona senum filii, filiorum, gloria filiorum patres eorum*» (2).

La Casa de Moneda es un hermoso edificio de piedra, de vastas dimensiones, y atraería la admiración en cualquier ciudad europea. Durante nuestra visita no funcionaban las máquinas de acuñar, que se consideran las más completas de la América del Sur, pero jamás han sido empleadas con la profusión que en las Casas de Lima o Potosí. El término medio de la acuñación anual de moneda en la de Santiago se me asegura haber sido de 600 a 800 mil pesos, pero carezco de los medios de información necesarios para verificar el dato. En el mes de Enero de 1822, los estados oficia-

---

(2) Inserto en la *Gazeta Ministerial de Chile*, del sábado 26 de Enero de 1822.

les publicados en la *Gazeta de Chile* acusan una acuñación de 37,619 pesos, suma, como se vé, extraordinariamente baja para un país en que los metales preciosos se hallan en estado nativo.

El río Maypocho así llamado por el nombre indígena de la región circunvecina, pasa por un extremo de la ciudad, y durante la estación de las lluvias adquiere una anchura considerable. Está cruzado por un puente de piedra de ocho arcos. A una pequeña distancia, a las orillas del río, se halla el Tajamar, o muro, levantado para proteger de las inundaciones a la ciudad, sombreado por una hermosa avenida de árboles. Aquí la aristocracia y los *bourgeois* de la ciudad pasean y andan a caballo en las tardes de los días festivos, y animan, por su carácter nacional alegre, un sitio naturalmente agradable y pintoresco.

Uno de los caracteres externos más notables de Santiago es la tranquilidad y ausencia de todo bullicio durante las horas más ocupadas del día, lo que la hace parecer como un pueblo de provincia antes que la capital de un gran país. El puerto de Valparaíso es, en realidad, el asiento de todos los negocios con el extranjero, y el transporte de las mercaderías a lomo de mulas hace que el tráfico interior aparezca comparativamente reducido. Las horas ordinarias de paseo son desde las siete a las diez de la mañana, y en la tarde, después de puesto el sol; las calles y las tiendas se ven a esa hora llenas de damas bien vestidas, oficiales de ejército y otra gente, y los tambores tocando la retreta, y los soldados, relevando las guardias, producen cierta animación y bullicio en la ciudad; pero durante las horas de calor del medio día, nada se ve ni oye; las tiendas se hallan cerradas, los habitantes permanecen en sus casas, a tal extremo, que no resulta Londres más tranquilo y aparentemente desierto a las horas de asistencia a las iglesias los domingos.

Los carruajes se usan muy poco en todo tiempo y sólo

por las señoras que tienen que andar largas distancias. Los mejores y más elegantes son toscamente fabricados, al uso de la antigua moda española. A veces suele divisarse un vehículo muy pesado, semejante a una casucha de baño inglesa, con puerta trasera, y sillas y bancas en el interior lo bastante numerosas para dar cabida a una familia entera a la vez. Es tirado por una mula, a pasos lentos, con un postillón vestido de librea relumbrante y pasada de moda.

Hicimos dos o tres excursiones a los alrededores de Santiago, quedando encantados de la fertilidad y belleza del llano, al paso que la Cordillera de los Andes ofrecía, dondequiera que se la mirara, el mismo invariable aspecto de sublime natural grandiosidad. Esas montañas no se alzan de un repente en toda su altura sobre el plan, sino que se componen de numerosos picos que se levantan sucesivamente los unos sobre los otros, hallándose sólo los más elevados cubiertos de nieve. No están formadas por cumbres aisladas, como los Alpes, y así, forman un escenario menos variado; con todo, sus enormes formas macizas, que semejan montes agrupados confusamente unos sobre otros, como si en realidad fueran «fragmentos de un mundo primitivo», dan al conjunto un aspecto peculiar, digno de su estupenda altura.

El llano de Maypo, célebre en la historia de la América del Sur por la batalla que se libró en él el 5 de Abril de 1805, (1) no dista muchas millas de la ciudad. Hay en ese sitio un puente colgante de curiosa labor, fabricado por un modelo indígena, de tiras de cuero ligadas entre sí y que se extienden de una orilla a otra del río.

El Salto de Agua, o Cascada, queda en otra dirección, y es notable sólo por la belleza de sus vecindades. Después de trepar con alguna dificultad hasta la cumbre del cerro,

---

(1) Será justo reconocer que en otro lugar de su obra, el autor señaló la verdadera fecha de esa batalla: 5 de Abril de 1818.

o punta, mejor dicho, sobre la cual se precipita la corriente de agua, nos hallamos sorprendidos al encontrarnos, aparentemente, en el mismo llano, aunque en un nivel más elevado, donde el camino vuelve en dirección a la ciudad en un descenso casi imperceptible. Cruzamos en el trayecto una gran casa de campo, y notamos algunas viñas en determinados sitios, si bien el cultivo no parecía de modo alguno general; por el contrario, mucho menos de lo que hubiera podido razonablemente esperarse de la vecindad de la capital del país.

Llegamos a Chile, desgraciadamente, durante la época de cuaresma, en la que todas las reuniones sociales y las diversiones públicas se suspenden en su mayor parte. En otra época, es rara la noche en la que no haya alguna tertulia o baile, en los que el extranjero es admitido con señaladas muestras de hospitalidad y deferencia. Es corriente que la señora de la casa le ofrezca a su llegada una flor, y esta pequeña muestra de atención se halla realizada en el hecho con la manera bondadosa y atrayente con que le es obsequiada. Lo poco que vi de la sociedad fué en general agradable, tanto como el buen humor, la espiritualidad y afabilidad pueden causar agrado; pero en lo que toca a refinamiento, gusto, maneras y conversación, brillantes dotes o cultivo intelectual, no debe el viajero pretender hallarlos en Chile, ni en realidad en parte alguna de la América del Sur. La ignorancia dominante en todas las clases, destierra forzosamente el agrado del trato social, salvo el baile, la música y el galanteo, si bien la música no pasa de un muy modesto grado de perfección. Acompañar la voz con la guitarra y tocar unos pocos vales y contradanzas en el piano es lo bastante para acreditar una dama a la moda, de quien se espera sobresalga principalmente en los aires y canciones españoles o hispano-americanos. Los libros, ya de entretenimiento o de instrucción, nunca se leen, y no pueden nunca, por con-

siguiente, llegar a ser tema de conversación; y con excepción de unas pocas que comienzan ahora a hablar francés, las señoras, como hasta aquí, desconocen todo idioma que no sea el propio.

Las chilenas tienen, de ordinario, bonitas caras y son naturalmente agradables, de tal manera que los pocos viajeros que han experimentado la fascinación de sus encantos no han dejado de tributarles amplios elogios. La libertad que los brasileros niegan a sus mujeres, se goza aquí por completo, sin aparente desmedro alguno de las consideraciones sociales. El matrimonio entre ellas tiene lugar en edad muy temprana, y depende, principalmente, como en la madre patria, de la elección de los padres, quienes siempre hallan asentimiento de parte de sus propias esposas.

En el traje, las señoras chilenas imitan las modas europeas, que se abrèn camino lentamente hasta allí por la vía de Río Janeiro y Buenos Aires, de tal modo, que el vestido español va cayendo cada vez más en desuso; al paso que las telas de algodón inglesas pintadas, las muselinas y las sedas francesas, que son importadas en cantidades considerables, tienen, por de contado, una demanda que va en aumento. Todavía, sin embargo, no existen tiendas estables francesas en Santiago, como las hay en Río Janeiro, y son muy pocos los franceses radicados en el país.

Durante mi estancia en la capital de Chile, mi amigo y yo estuvimos confortablemente hospedados y atendidos en un hotel de propiedad de una irlandesa, por la moderada pensión de peso y medio al día. Generalmente nos sentábamos a la mesa redonda para comer veinte o treinta comensales, en su mayoría oficiales patriotas, marinos y militares, cuya conversación era bastante explícita para ilustrar el estado político del país: algunos eran chilenos, de ellos franceses y alemanes, y otros, ingleses y norte-americanos.

Por regla general, sus ideas obedecían manifiestamente a

su propio interés personal; algunos se quejaban abiertamente de los abusos del Gobierno a su respecto, diciendo que no les adelantaba en su carrera conforme a lo que esperaban; otros, que habían andado más afortunados, elogiaban en los términos más encomiásticos las ventajas del patriotismo y libertad. Algunos no hallaban palabras bastante duras para juzgar el carácter de Lord Cochrane; otros, por el contrario, lo levantaban a las nubes, pintándolo como un héroe sin igual. Los ingleses allí presentes parecían estar todos de acuerdo en una cosa, a saber, el no deplorar lo bastante el haber abandonado su país natal para entrar al servicio de los patriotas. Su salud, la decían quebrantada, y sus expectativas, en su mayor parte, desvanecidas; si bien habiendo ido ya tan lejos, era demasiado tarde para retroceder, viéndose así obligados a proseguir su carrera hasta lo último en Sud-América.

Resultaba de ese modo interesante darse cuenta en el sitio mismo de los sentimientos que abrigaban esos soldados aventureros hacia el Gobierno al cual servían, y los más decididos partidarios de la revolución, después de oír los hechos y circunstancias expresados por las gentes por quienes pudiera establecerse la verdad, habrían llegado a la lastimosa conclusión de que era más bien de lamentar que de ensalzar la suerte que corría en este momento la América del Sur.

El Gobierno republicano de Chile, al tiempo de mi visita, estaba formado por un Director, cinco senadores y tres ministros principales, que ejercían a la vez las funciones legislativas y ejecutivas. Sus atribuciones no eran, en realidad, bien definidas, pero, por cierto, absolutas, siendo el Director, general del ejército y el magistrado jefe de una república puramente nominal. Tal administración conjunta resultaba generalmente impopular entre las clases ilustradas de la comunidad, y a pesar de los extraordinarios elogios que se tributaban a sí mismos en la *Gaceta del Gobierno*, no

era asunto fácil descubrir los benéficos resultados de los principios liberales a cuyo nombre se decían obrar.

En la administración de justicia, en la recaudación de los impuestos o en el apropiarse de los cargos públicos, o en el ejercicio de las funciones civiles, los abusos que anteriormente habían caracterizado al gobierno colonial español, seguían lamentándose por todos, dándolos como un hecho. El Director O'Higgins era tenido por hombre de buen corazón y bien intencionado, pero de carácter débil e incapaz de llevar a la práctica las medidas convenientes. Prestaba oídos a las quejas y prometía enmendar los yerros que llegaban a su noticia, pero rara vez tenía influencia o energía suficientes para cumplir las promesas que hiciera. Se reconocía, sin embargo, que el estado actual de cosas era solamente provisional, y se decía que los legisladores de la nación se preparaban para adoptar en realidad el sistema representativo, tal como había sido prometido en el proyecto original de Constitución, por medio de una convocatoria a la Asamblea Legislativa nacional; y, en verdad, la práctica de funciones legislativas por un pueblo tan ignorante, ¿qué fantasma es ese de que puedan resultar grandes e inmediatos beneficios?

El verdadero poder, en un país tal, debe ser ejercido principalmente, por no decir únicamente, por caudillos militares y sus secuaces, y, al fin de cuentas, es quizás menos expuesto a abusos en manos de unos pocos, relativamente ilustrados, que no ejercido por una muchedumbre ignorante. Si los gobernantes de hoy son hombres de energía y talento, el gobierno que hagan estará más o menos revestido de tales caracteres, y con cualquier nombre que se le designe, en el hecho debe ser la vida y fuente de todo movimiento político; pero, hombres como O'Higgins, no pueden, en circunstancias anormales, permanecer mucho tiempo al frente de los negocios públicos, y en efecto, después de escritas

estas observaciones, ha sido ya obligado a alejarse, entregando sus funciones y el poder al General Freire.

Se ha dado una nueva Constitución al país, que en letras de molde resulta bien, pero si luego otra ha reemplazado a la primera, cualquier conocedor de los asuntos políticos de la América del Sur no puede experimentar gran extrañeza. Los puntos principales y mejores han sido calcados de la última Constitución española sancionada por las Cortes; otros, peculiares a Chile, resultan a primera vista ilusorios, si no pueriles, para un inglés, como, por ejemplo, el establecimiento de una Orden del Mérito Civil, en la cual debe inscribirse todo ciudadano antes de ser admitido al ejercicio de sus derechos políticos, y el señalamiento de censores públicos a cuya guarda se confía la moral nacional.

La idea de crear una institución para el acrecentamiento de la moral en una nación, honra, indudablemente, a los que la idearon; pero en el estado actual del mundo, especialmente de la América del Sur, resulta inútil esperar adelantamiento en el pueblo al crear premios y distinciones honorosas, como si se tratara de niños de escuela.

Para juzgar de los adelantos alcanzados por una nación en materias literarias y políticas, se hace necesario, ante todo, conocer el estado de la prensa. En Chile, bajo el gobierno de O'Higgins, se la ha declarado libre repetidas veces; sin embargo, nadie se atreve a aprovecharse de esta decantada libertad para emitir sus opiniones políticas, o bien, nadie posee el talento y la energía de un escritor preparado. Oí contar en verdad, de cierto infeliz alemán, ¡crédulo que era! que tomando al pie de la letra todas las hermosas palabras que se decían por el Gobierno acerca de la existencia y ventajas de una prensa libre, quiso aquilatar su verdad acometiendo la publicación de una obra política. ¿Qué fué lo que sucedió? Se incautaron de sus prensas, se destruyeron todos los ejemplares de su obra, y él en persona, después

de un proceso sumario, fué enviado a la casi desierta isla de Juan Fernández, para hacer allí compañía a otros reos de estado y lamentarse de su ciega credulidad.

Desde esa época y hasta la fecha de mi visita a Chile, el Gobierno ha monopolizado la prensa, siendo la *Gazeta ministerial* la única publicación periódica, escrita por entero bajo la dirección de los ministros. El estilo de los artículos en ella insertos es, en su mayor parte, hinchado e hiperbólico, resultando así que los españoles han transmitido a sus descendientes de las colonias una doble porción de las baladronadas que caracterizan sus lucubraciones literarias.

Antes de partir de Chile era necesario obtener pasaporte, y con ese intento me acerqué a uno de los ministros. Estaba vestido de negro y decorado con una gran estrella sobre su casaca, siendo tal insignia, a lo que parece, no menos grata a los patriotas republicanos de la América Española, que a los devotos de la Monarquía en el Brasil. Me recibió y me despachó después de haber puesto su firma en mi pasaporte con maneras muy ceremoniosas y sin haberme preguntado palabra.

Muy avanzada la tarde del 5 de Marzo, con harto desgano de mi parte, dije adiós a la capital de Chile, en compañía de mi amigo. Caminamos toda la noche a caballo, a la luz de la luna, y llegamos a Valparaíso en la mañana siguiente, no habiendo gastado más de diez horas en la jornada.

A nuestra llegada nos hallamos con que el buque en que teníamos tomado pasaje para Lima había sido inesperadamente detenido, y en vista de que la ciudad de Valparaíso era triste y falta de comodidades, alquilé un peón para guía en una excursión al valle de Quillota, a la ciudad de ese nombre, distante unas cuarenta millas de Valparaíso. La molestia de subir cerros, sobre los cuales corre el camino, resultó ampliamente compensada por una vista deliciosa, que abarcaba la ciudad, la bahía, las naves y toda la costa inmediata:

de 50 a 60 buques se podían divisar, de todas naciones y diversos portes, desde un norte-americano de guerra hasta uno de 30 toneladas, que acababa de verificar, el en otro tiempo temido pasaje por el cabo de Hornos. Los que ostentaban los colores ingleses o norte-americanos eran con mucho los más numerosos, y entre ellos, el *Franklin*, de 74 cañones, y la fragata *Creole*, respectivamente los buques insignias del Comodoro Stewart y de Sir Thomas Hardy, que parecían orgullosos de su preeminencia.

El primer lugar a que llegamos fué Viña del Mar, gran casa de campo de una hacienda, en la que se cría ganado para vender y se cultivan el trigo y legumbres: goza de la reputación de ser muy productiva. Durante las veinte millas siguientes, el paisaje es abierto y animado por algunas vistas al mar, pero, por lo demás, desolado, sin cultivo e inhabitado. De trecho en trecho topamos con grandes tropas de mulas, con sus respectivos arrieros, cuyo aspecto feroz y sus gritos peculiares repercutían entre las gargantas de los cerros, muy en armonía con el rudo aspecto del paisaje. Traté de trabar conversación con algunos de estos individuos, pero los hallé taciturnos y poco comunicativos, como los arrieros del Brasil.

Mi propio peón, en verdad, se manifestaba deseoso de que no buscarse conversación a los extraños y me aconsejó que procurase en lo posible seguir derechamente mi camino.

Semejantes pruebas del miedo y desconfianza corrientes hacia los viajeros caracterizan los tiempos y el país de manera sorprendente, y meditando acerca de la vida aventurera y errante que llevan estos peones sud-americanos, no pude menos de compararlos con aquellas gentes pintadas por un eminente novelista, en parecidos períodos turbulentos de la historia de Escocia, que fueron el terror y el azote de sus más civilizados compatriotas. A ambos podrían aplicarse con verdad las mismas palabras:

Bástales la buena regla de otros tiempos,  
el sencillo plan que consiste en que cada  
cual tome lo que pueda y cada cual cuide  
de conservar lo que haya tomado.

Al través del valle de Quillota corre un río, que se divide en varios canales, para regar y fertilizar de ese modo los terrenos vecinos. En la desembocadura se halla una pequeña aldea llamada Concón, y la hacienda obsequiada por el Gobierno a Lord Cochrane en remuneración de sus servicios. Dícese, sin embargo, que es improductiva y de escaso valor real.

Nuestra ruta seguía aguas arriba del río; después de vadear varios de sus canales, que en esta época del año son de ordinario muy correntosos, nos hallamos en los linderos de un pequeño bosque, poblado a trechos por chozas de barro. Aquí el paisaje se hace pintoresco, y siguiendo adelante, se mostraban sembrados de trigo, donde la cosecha acababa de terminar. Las siembras habían sido dañadas por abundantes lluvias, y aunque Chile es considerado como el granero del Perú, la cosecha de este año resultaba deficiente aún para el consumo del país. A la vez se hacía sentir escasez extraordinaria de otras provisiones, lo que indujo al Gobierno a embargar con rigor los productos nacionales, prohibiendo su exportación hasta que el mercado pudiera ser suficientemente abastecido por buques extranjeros.

Desde el camino tuve oportunidad de presenciar el modo de trillar en Chile, y que no deja de ser corriente en otros países del Sur. Al intento se limpia un espacio circular de tierra, en las laderas abiertas, y se rodea de un círculo de estacas de madera. Aquí se depositan las gavillas del trigo y se esparcen en todas direcciones: a cierto número de caballos, potrillos y mulas se les hace dar vueltas dentro del cercado hasta que de este modo el grano es separado de la es-

piga, y luego de la paja, reservando el uso de ésta para alimento de los caballos en lugar del heno.

La gente del pueblo de estos contornos se ve muy infeliz y desaseada en sus personas. Los tugurios de barro en que viven son de la peor especie, y en la estación lluviosa deben de ser inadecuados para protegerlos de las inclemencias del tiempo. Sin embargo, tal es la general salubridad del clima y fecundidad del suelo, que un aldeano y su familia pueden mantenerse con holgura, y por una suma insignificante viven sino con comodidad, al menos de manera apropiada a sus necesidades y deseos.

La pequeña ciudad de Quillota es una de las más hermosas que yo haya visto en la América del Sur; las numerosas torres de sus iglesias y sus cúpulas la hacen aparecer a la distancia con cierto aire de grandiosidad, apariencia que, vista más de cerca, se desvanece por lo tosco de su arquitectura. El número de sus habitantes no puede exceder mucho de cinco mil; sus casas ocupan una gran extensión y alternan generalmente con jardines y viñedos y arroyos de agua corriente, que alegran y hermocean todo el lugar, a tal extremo, que en realidad le da el aspecto de *rus in urbe*.

Llegamos a la hora de la siesta, en que no se oía un ruido, ni se veía a nadie en las calles. Un viajero de imaginación hubiera podido creerse transportado a la ciudad que se recuerda en las Mil y una Noches, cuyos habitantes todos se hallaban petrificados; porque no pudimos encontrar quien nos diese razón de alojamiento y hubimos de vagar durante bastante tiempo, hasta que por fin dimos con la casa de un inglés, que nos proporcionó el acomodo que buscábamos.

En la noche fuí presentado a varias familias y pasé algunas horas muy agradablemente en sus respectivas casas. A mi entrada, encontré, de ordinario, a las mujeres sentadas en círculo frente a la puerta, sobre esteras extendidas en el suelo, gozando del fresco de la noche, como es de uso en los países

cálidos. En raras veces ví a los hombres, y cuando se hallaban en casa, fumaban sus cigarros, sin prestar interés o terciar en la conversación. Las señoras parece que viven con libertad y jamás dejan de acoger al extranjero de la manera más amable: se sienten, de hecho, halagadas con sus visitas y por regla general se muestran inclinadas a su trato. Había algo de la primitiva sencillez en una acogida tan falta de ceremonia, que resultaba en verdad agradable. Algunas bailaban, a pesar de que era la época de cuaresma; otras, tocaban algunas canciones en un clavicordio pequeño, instrumento de uso corriente entre ellas; otras, asimismo, se acompañaban en el canto con la guitarra, y no pocas de sus sencillas canciones las cantaban con un grado tal de gusto y sentimiento, que la naturaleza, y sólo la naturaleza, puede inspirar.

Pregunté por algún canto patriótico, y mi demanda fué al punto satisfecha, pero inmediatamente observé que no era mi petición del agrado general, habiendo descubierto, por una investigación posterior, que la mayoría de los habitantes de este pueblo estuvieron afiliados en el partido realista durante los disturbios revolucionarios, y sufrían entonces la suerte usual de los partidarios vencidos, a saber, pobreza y persecución de los poderes reinantes. Los bienes de muchas familias habían sido confiscados, y los mismos propietarios, muertos en los combates o aprisionados o fusilados como enemigos de su patria. Las mujeres sobrevivientes eran, por lo tanto, naturalmente enemigas de la causa patriota y del gobierno existente, y siendo incapaces de juzgar bajo un punto de vista más elevado que el de su propio parecer, no hallaban nada que las indemnizara de la pérdida de su bienestar, o de aceptar su actual pobreza. Una señora joven y muy inteligente esbozó tan a lo vivo un cuadro de la prosperidad y felicidad de su ciudad natal bajo la dominación española y del contraste que ofrecía el estado actual de las

cosas, en todo sentido, que yo no pude menos de asociarme de todo corazón a sus quejas acerca de las calamidades de la guerra civil.

A las gentes que se hallan lejos del teatro de los sucesos, la causa de la libertad y patriotismo produce a su respecto un resplandor luminoso, en el cual los desastres que acompañan su marcha son de ordinario casi enteramente olvidados por sus admiradores. No así, sin embargo, a las personas que se hallan en el sitio mismo, cuyos ánimos y sentimientos se ven más de cerca afectados por los luctuosos acontecimientos que se ofrecen en el acto a la vista, o se cuentan por los actuales pacientes, que ofuscados por la aureola que crea la fantasía, contemplan los futuros e inciertos beneficios y planes de felicidad política.

La mayor parte del día siguiente se dedicó a una excursión por el valle arriba, cuya fertilidad y bellezas naturales producían encanto y admiración a cada paso. Era grande el ardor del sol, pero la suavidad y fragancia de la atmósfera resultaban singularmente gratas a los sentidos y me hacían recordar el delicioso clima de Madeira más que cualquiera otro que hasta entonces hubiera conocido.

Desde lo alto de una eminencia pude observar la corriente principal del torrente que se desprendía de los cerros, formando espuma en su lecho de guijarros, al paso que numerosos canales que se apartaban del arroyo madre, algunos naturales y otros artificiales, llevaban la fertilidad a los contornos vecinos. Allí se dejaban ver huertos exuberantes, viñedos, jardines, praderas y campos cultivados en continuada sucesión, con suaves laderas y arboledas entremezcladas, que producían en abundancia toda especie de frutas europeas y legumbres. Mostrándose entre el verde follaje aparecían las torres y cúpulas de Quillota, brillando a los rayos del sol y coronando el suave paisaje. Sobre todo, las masas gigantes de la Cordillera se alzaban a lo lejos en imponente ma-

jestad y a los suaves tintes del paisaje añadían lo sublime y grandioso; de tal modo, que un viajero que haya visto el valle de Quillota, uno entre los muchos que abundan en estas hermosas regiones, no se admirará de que Chile haya sido llamado un jardín—la Italia de América.

La segunda velada la pasamos aún más agradablemente que la primera en compañía de mis nuevas amistades, cuyos modales, aunque desprovistos de artificial elegancia o refinamiento, eran naturalmente simpáticos y siempre agradables. Sus mentes no estaban cultivadas por la educación, ni refinadas por el gusto, pero resultaban ingenuas y animadas, inquiriendo con interés acerca de las cosas de Inglaterra y de otros países extranjeros, de los cuales habían sólo oído hablar.

Su desconocimiento de los puntos más vulgares de la geografía era particularmente notable, y en cuanto a historia parecía que lo ignoraban todo. Inquirían con insistencia en materias de religión y como fanáticos católicos romanos sentían cierto grado de lastimosa compasión hacia nosotros, pobres herejes; pero cuando recordé unas cuantas de las doctrinas fundamentales del cristianismo y confesé que las creía, se manifestaron atónitos, diciendo que hasta entonces tenían creído que un hereje era apenas poco mejor que un infiel. Con todo, el casarse allí un inglés, a menos que cambie, de religión, sería de todo punto inadmisibile entre ellos.

El aspecto personal de la generalidad de las mujeres predisponía mucho en su favor: cabellos negros brillantes, cejas oscuras y ojos negros expresivos y decidores, una complexión cercana a la trigueña, con facciones menudas e irregulares, constituyen el tipo dominante y característico estilo de su hermosura. En el vestir no manifiestan gran gusto, y nada me llamó la atención en este punto como peculiar al país; la actual pobreza les impide usar adornos personales de valía.

Permanecí dos días en Quillota y sus alrededores, y no

sin pena dí el adiós a un sitio dotado de tantos y tan poderosos atractivos. Mi visita había sido de un encanto sin reserva, y mi pesar por su rápida conclusión se veía realzado por la sensación que los viajeros forzosamente experimentan con frecuencia, esto es, que con toda probabilidad jamás tendría ocasión otra vez de volver.

J. T. MEDINA.

